

AÑO I

23 de Diciembre de 1898.

NÚM. 6



REVISTA POPULAR

ARTE, EDUCACIÓN, LITERATURA,
POLÍTICA, SOCIOLOGÍA

Administración: Madrid, Arco de Santa Maria, 41 triplicado, 1.º izquierda.

20 céntimos.

SUMARIO DEL NÚMERO 1

TEXTO

Reconquista, por León Lizana.—**La crisis de los partidos liberales**, por Francisco Giner.—**Descendralización**, por Luis Durán y Ventosa.—**Joaquín Costa**, por C. B. de Q.—**El teatro de Wagner**, por A. de Beruete y Moret.—**La cuestión de Fashoda**, por Juan Uña y Sartou.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.—**Crónicas femeninas**, por María Goyri.—**Higiene infantil**, por el Dr. Pinilla.—**Crónica internacional**, por A. Sela.—**Crónica científica**, por L. de Hoyos y Sáinz.—**La cooperación**, por Salvador Mediano.

FOTOGRAFADOS

D. Joaquín Costa.—El teatro Wagner de Bayreuth.—Fieya y los gigantes (El Oro del Rhin).—Los nibelungos (idem).—Parsifal.—Las Walkyrias.—Croquis del Alto Nilo.

SUMARIO DEL NÚMERO 2

TEXTO

Literatura y Arte: El palacio de Würzburgo, por A. de Beruete y Moret.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.—**Giacomo Puccini**, por *Rastignac*.

Educación: Crónicas femeninas, por María Goyri.—**De chicos para grandes**: *El fuego quema* (cuento), por Alejandro Guichot.

Política: Los programas, por Adolfo Posada.—**Aspiraciones de Cataluña**, por Francisco de A. Rodón.

Lecturas españolas: Colectivismo agrario en España, por Rafael Altamira.—**Hampa** (Antropología picaresca), por Conancio Bernaldo de Quirós.

Crónica científica, por L. de Hoyos Sáinz.

Revista de las Revistas, por la Redacción.

FOTOGRAFADOS

Vista general del Palacio de Würzburgo.—Vista de la ciudad.—Casa del Concejo.—Reja.—Techo de la escalera del Palacio.—Tiépolo (fragmento).—Techo del salón central: Tiépolo.—Reja.—Giacomo Puccini (retrato).—Ilustración de *El fuego quema*.—Rafael Salillas (retrato).

SUMARIO DEL NÚMERO 3

TEXTO

Literatura y Arte: La casa de Goethe, por A. de Beruete y Moret.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.

Educación: Las cooperativas escolares, por Adolfo A. Buyla.—**Crónicas femeninas**, por María Goyri.

Política: Los regeneradores, por L. Besteiro.—**La guerra de mañana**, por I. Luquessi.—**Crónica internacional**, por A. Sela.

Sociología: Crónica social, por L. Díaz Canseco.

Variedades: G. de Mortillet, por C. B. de Q.—**Crónica científica**, por L. de Hoyos Sáinz.—**Revista de las Revistas**, por *Rastignac*.—**Bibliografía**, por la Revista.—**Libros recibidos**.

FOTOGRAFADOS

Vista de la casa de Goethe en Weimar. Salón. Gabinete de trabajo. Alcoba en que murió Goethe.—Mapa del extremo Oriente.—Gabriel de Mortillet (retrato).

SUMARIO DEL NÚMERO 4

TEXTO

Literatura y Arte: La Walkyria, por B. y M.—**Lecturas españolas**, por Rafael Altamira.

Educación: Fruta prohibida (cuento), por A. Guichot.—**Higiene infantil**, por el Dr. Pinilla.

Política: ¿Sobran Ministerios?, por A. Posada.—**Para la guerra de mañana**, por I. Luquessi.

Sociología: Resultante sociológica, por R. Salillas.—**Estadística de la cooperación en Inglaterra**, por S. Mediano.

Biografía: Enrique Ferri, por C. Bernaldo de Quirós.

Revista de las Revistas, por la Redacción.

Bibliografía.

FOTOGRAFADOS

Wothan.—Fricka.—Brunilhe.—Ilustración de *Fruta prohibida*.—Enrique Ferri (retrato).

REVISTA POPULAR

Año I

Madrid 23 de Diciembre de 1898

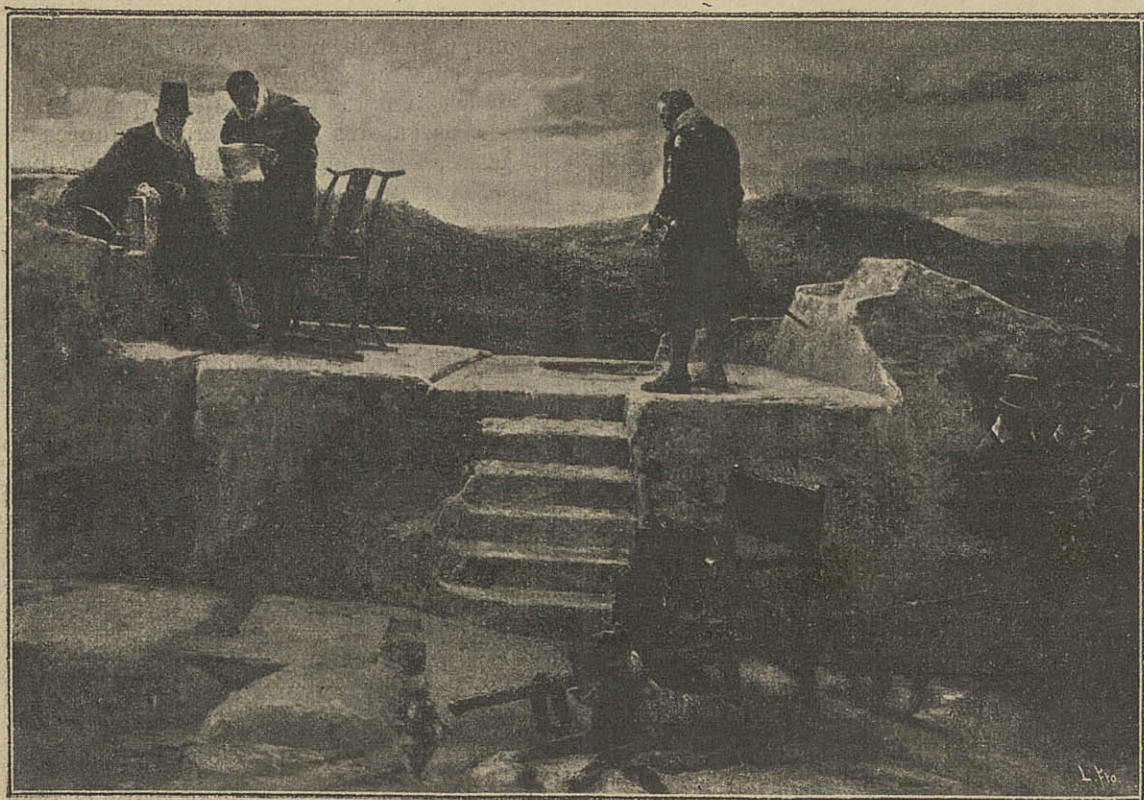
Núm. 6.

PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

En el número anterior ofrecimos al público la reproducción de los dos cuadros de autores españoles que conserva el *Musée du Luxembourg*, de París. Hoy reproducimos el hermo-

so lienzo de Luis Álvarez, «La silla de Felipe II, en el Escorial», que se encuentra en el Museo de arte contemporáneo de Berlín.

Llena este cuadro las condiciones que los



Luis Álvarez.—LA SILLA DE FELIPE II.

alemanes exigen, en general, á las obras de arte, es decir, que sean obras de *idea*, que representen algo más que lo que en ellas está manifiesto; la tendencia de la pintura alemana contemporánea es esa precisamente, y los maestros que más la caracterizan son los más apreciados por sus compatriotas.

«La silla de Felipe II», que entre otras, obtuvo dos medallas de primera clase, una en la Exposición Universal de París de 1889, y otra en la Nacional de Madrid de 1890, fué luego expuesto en Alemania, donde apreciaron su valor artístico, y donde se adquirió este lienzo para figurar en el Museo antes citado.

No es simplemente un cuadro histórico que retrate un acontecimiento, es la expresión de un personaje importantísimo y del carácter de toda una época. Su autor dió con él muestra de la flexibilidad de su talento, pues antes se había dedicado casi exclusivamente al cuadro llamado de género, en el que son necesarias cualidades pictóricas totalmente diversas á las que exige el hermoso lienzo cuya reproducción publicamos hoy.

M. Y B.

La bajada á la mina.

CUENTO

Ibamos en el coche de línea subiendo una áspera pendiente. Mi único compañero de berlina me contaba que era capataz de una de las minas próximas, y me relataba á lo largo del viaje algunos episodios curiosos de la vida trabajadora y penosa que llevan todos esos pueblos.

La calma en la marcha del vehículo hizo crecer la conversación, siempre sobre punto tan interesante, y en una de las interrupciones, me atreví á decir al simpático viajero.

—Y á usted, ¿no le ha ocurrido algo notable, digno de contarlo, en su corta vida de capataz?

Movió la cabeza tristemente como si recordara en aquel momento alguna desgracia, y tardó algunos segundos en contestarme:

—Sí, señor; algo que me obligó á seguir la carrera de mi padre, por necesidades del momento, y algo que, al recordarlo todavía, me estremece las carnes con una extraordinaria sensación de horror.

—Siento haber sido tan indiscreto —le dije entonces— y le suplico que haga el favor de dispensarme.

Pero con una amabilidad exquisita, me contestó sonriendo levemente:

—No le importe á usted. Después de todo, me gusta recordarlo de vez en cuando, porque de esa manera sufrí un poco y pago tributo á la memoria de mi padre, asociándome al enorme sufrimiento que pasó él en unos escasos minutos de los últimos de su vida.... Oiga usted, ya que ha rodado así la conversación:

«Hacia veinte años lo menos que mi padre era el primer capataz de *La Abundante*. Estaba la boca-mina á alguna distancia del pueblo próximo, donde vivíamos, y de ordinario, á excepción de las fiestas más salientes, enviaba á un muchacho cualquiera por la comida, volviendo sólo á casa por la noche, de donde volvía á salir al amanecer de la mañana siguiente. Yo iba siendo ya mozo, y me pasaba con él algunos días enteros viendo subir á la boca de los pozos los enormes ascensores que sacaban el carbón y lo vertían con estrépito sobre la explanada, donde se cargaban á toda velocidad las vagonetas. Me causaba pena aquella bajada, aquella irrupción de hombres negros descendiendo al vientre cavernoso de la tierra por escalas, por los cajones colgados, en montones despreciables como la misma hulla aglomerada que vertía con furor la máquina gigantesca... Pero el dolor más grande de mis entrañas de niño, le causaba el momento de acabarse el trabajo. Entonces salían las cuadrillas con los trajes despedazados, enseñando las carnes sucias, chorreando todo el cuerpo un sudor negro, caídos los miembros por la enfermedad del cansancio. Y de allí, entre los hombres y las mujeres que vomitaban los ascensores por las terribles fauces de los pozos, salían algunos niños también, más pequeñitos que yo, derrengados, tristes, con la temprana, injusta y descomunal carga de la vida. Evité algunas veces, siempre que pude, aquel espectáculo de la miseria, y puede creerme usted, pues se lo juro, que actualmente sigo evitándole las veces que me lo permite el cargo, porque cría mala sangre, y hace mucho daño en el corazón.

Pues bien, y para no alargar más, un día vino al pueblo la familia de mi madre, que estaba en Madrid. Estábamos contentos todos los de casa; fué mi padre á comer á ella, contra lo de ordinario, y entre las alegrías surgió la idea de pasar el día siguiente en el campo en los alrededores abruptos y pintorescos de las minas. El río, hondo y oscuro entre aquellas montañas, tenía riberas llenas de sombras para comer y merendar deliciosamente. Se hicieron los preparativos, y de mañana, cuando el día bordaba con una línea muy blanca la altura de los montes próximos, salimos todos á divertirnos al campo. Fué delicioso el sitio para la comida. Entre la orilla del río y la falda del monte, en una praderita muy verde,

llena de árboles, viendo á lo largo las aguas que iban encauzadas y mansas por el estrecho valle....

Reposada la comida, ya en la media tarde, nos levantamos casi todos, á la idea iniciada por mí de que debiéramos ver las minas. La familia de mi madre, y mi madre también, no las habían visto nunca, y debía gustar mucho aquel espectáculo. Algunas cosas contadas por mi padre, precisamente con el fin de impedirlo, aunque decía que no le importaba alentar el deseo, acrecentaron latencia, y corrimos todos juntos, menos no sé qué temerosos que se quedaron á cuidar el sitio. Los trabajadores de arriba nos saludaban porque éramos de la familia del capataz, y dejaban ver un reflejo de envidia en sus ojos relucientes. Subió el ascensor, y nos metimos todos, recomendándonos mi padre mucha prudencia, no sacar las manos, ni la cabeza, ni hacer movimientos irregulares. Entonces avisó con un grito, y la cadena empezó á soltarse.

En los primeros segundos, mi padre nos dijo:

—Ya veréis qué poco tardamos en bajar los doscientos metros. Es una profundidad enorme, que escalofría, que encoge el corazón cuando se la ve desde arriba.

Y allá abajo, muy abajo, se oía rugir el vapor de los generadores, entrechocando el hierro con furiosas sacudidas.

Noté—ó lo he notado después del suceso, pues á punto fijo no recuerdo nada cierto de aquella escena— que mi padre agachó de pronto la cabeza y que se le escapó un grito. Pero un grito que *cercenó* instantáneamente. *medio grito*, si me concede usted la manera de expresarme.

Casi nadie se apercibió. Ni yo le dí importancia, hasta que mi madre, viéndole quieto, hundida la cabeza entre las manos, que le blanqueaban lívidas al reflejo del farolillo, le preguntó sin ansia y hasta sin curiosidad:

—¿Qué haces así?

—¡Quietos.... quietos! — tartamudeó. — No es nada: escucho un detalle que me preocupa desde hace días. ¡Silencio, hijos!...

No puedo comprender, ni aun poniendo por medio el enorme amor á toda la familia que bajaba con él, cómo pudo contestar con aquella frialdad. Porque recordarlo sólo me espanta, me llena de una especie de pánico que hasta me paraliza la voz....

Y así bajábamos. Se veía arriba un agujerito de luz, y abajo temblaba el hierro cada vez con más estrépito.

Pero mi padre continuaba con la cabeza entre las manos, resplandecientes y marmóreas de puro lívidas. Entonces el ruido de abajo era enorme, y llegamos á la galería en aquel

momento. Se vió de repente el fuego de las calderas, los trazos, los goznes furiosos que movían los volantes, y algunos mineros esperando con sus faroles ..

Mi padre, de repente, como un loco atacado de alegría y horror, saltó gritando:

—¡La argolla, la argolla!...—y cayó hacia atrás, contra las mujeres, muerto instantáneamente como de un hachazo.

Los mineros alzaron los faroles al mismo tiempo, y vieron horrorizados que el gancho de la cabeza apenas estaba metido en el ascensor...

¡Pues mi padre, amigo mío, mi padre vió el inmenso peligro de que cayéramos al fondo cuando estábamos colgados todos juntos, á cerca de doscientos metros sobre las galerías!...

¿Comprende usted bien? ¿Comprende usted ahora todo el dolor, la tremenda angustia de aquellos dos minutos?...»

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

Ángel Ganiwet.

La biografía de Ganiwet, tal como suele entender las biografías, el vulgo y no pocos destajistas de Dicionarios de hombres célebres—es decir, como una serie de fechas, nombres, números y detalles de la vida privada insignificante—importa poco, y yo además, no podría escribirla. No sedel infortunado autor sino que era granadino, joven, que pertenecía á la carrera consular y querecientemente había sido trasladado á Riga. Nunca le ví ni hablé con él; pero, en cambio, he leído y ree leído sus obras, he pensado por sujeción de su pensamiento, he vivido en comunión con su espíritu, y lo consideraba como uno de esos amigos desconocidos de que habló Littré, con quienes «á través del espacio» nos une, á falta de la relación personal y exterior, el lazo íntimo y apretado de dos conciencias que sellan y entienden en la común contemplación de los mismos problemas de la realidad.

En él, como en todos los espíritus libres y originales, lo que menos debe entenderse es á las conclusiones, por ser éstas la parte mudable y perecedera de la labor intelectual; y por eso es cuestión secundaria aquí hacer la crítica de ellas, y más secundario aún determinar el grado de conformidad que con cada una pueda tener quien esto escribe. Lo interesante en Ganiwet era el sentido, la amplitud de pensamiento, las tendencias, la bondad del fin.....y

la riqueza de materia disponible para la obra fructífera del mañana. Ya lo decía él mismo: «...lo esencial no es la obra, sino que la máquina esté siempre expedita para funcionar. En una herrería, lo importante es la fragua, porque sin ella, la herrería no existe; lo accidental es que de la herrería salgan trébedes, tenazas, badila, rejas de arado..... Así en el hombre lo de menos es seguir estos ó aquellos estudios, dedicarse á esta ó aquella profesión; lo demás, *es ser hombre, y para serlo hay que tener encendida la fragua.*»

En la crisis hondísima porque atraviesa nuestro pueblo — y principalmente la minoría intelectual y directora — el desconcierto actual es tan grande y el peso de la mala tradición tan enorme, que todo esfuerzo para resolver desde luego la situación ha de ser inútil, y sólo servirá para gastar energías y anularlas de modo que no sirvan tampoco en los verdaderos momentos de prueba, que quizá tarden en llegar. Lo que importa y conviene, por el contrario, es reservar fuerzas, es tener muchos elementos de ahorro, no contaminados ni heridos por la lucha de hoy, para fundar en ellos la consoladora esperanza de un mañana de horizontes más despejados, de atmósfera mas pura, que no aplane los espíritus, sino que les permita remontarse en el diáfano ambiente, con soltura y libertad, haciendo posible que lleguen á las alturas con que sueñan. Y en esta grande, fundamental necesidad de nuestro pueblo, cada número que se resta, cada fuerza vigorosa que se desvanece, es un golpe mortal para la santa esperanza de la regeneración, que no sabemos aún qué caminos llevará, qué colores pondrá en su bandera; pero que no ha de lograrse sino con los buenos, con los libres y con los capaces de romper las cadenas de lo superficial para ir al fondo de las cosas.

Ganivet era de esos, y por serlo, representa su muerte una desgracia nacional. No era un encasillado, un hombre de programa, de conclusiones y panaceas, que nos deje en herencia larga serie de recetas numeradas, hojas secas que se deshacen en polvo á la menor gestión de dedos extraños, á los cuales no anima el inefable estremecimiento creador. Era, ante todo, una esperanza de pensamiento robusto, original, indefinido todavía en casi todo; pero por lo mismo, abierlo á las grandes enseñanzas de la realidad y á las profundas sugestiones de la conciencia ajena. Esta orientación de su inteligencia (que podríamos llamar liberal, ennobleciendo la palabra que acepciones estrechas han bastardeado, aplicándola á la intimidad del espíritu, á la libertad moral en cierto sentido, que recuerda mucho el de Ibsen) nótese especialmente en *Los trabajos de Pío Cid*, que, por ser novela, permitía al autor más

amplio desarrollo de la originalidad de su sentido. Aquel continuo rompimiento con las convenciones sociales absurdas, con el *exteriorismo* de nuestra vida actual, que se observa á cada paso en la conducta de Pío Cid, podrá parecer á muchos lectores extraño, y hasta sospechoso y reprochable como práctica en este ú otro punto; pero es la señal de una inteligencia no bastardeada, que repugna toda librea y que busca afanosa, en el único terreno digno del hombre, y por esfuerzo propio, las señales del camino derecho para resolver los problemas de la vida, señales que no verán nunca los pobres ciegos del apriorismo dogmático. El discurso político de Pío Cid, su receta *Ecce homo*, la forma con que acude á levantar á una mujer caída, su manera de entender la unión matrimonial — en que es preciso ver algo más que la apariencia exterior de los hechos — sus doctrinas sobre el trabajo y sobre la poesía, su mismo concepto del amor, tan nuevo en nuestra literatura moderna, sorprenden é interesan, no tanto por lo que afirman, como por lo que niegan, por las ataduras que van cortando al espíritu. El efecto principal de todas aquellas ideas es una remoción general y profunda, un trastorno fructífero de los encasillados que suele formar nuestra superficial educación moderna: y por esto importa mucho á los jóvenes leer el libro, con tal de que lo lean bien, sin fijarse demasiado en la *intriga*, en lo externo. Decía en mi artículo anterior que, por ciertas cualidades de su estilo, Ganivet se parecía á Valera. Pues por esa modalidad de su pensar se parece, y mucho, á otro andaluz, de quien probablemente le apartarían cosas menos hondas: á D. Francisco Giner.

Después de lo que llevo dicho, no extrañará que yo prefiera la última obra de Ganivet á las anteriores, y sobre todo al *Idearium español*. La índole de la empresa acometida en este libro, era muy abonada á dar resultados contrarios. La psicología del pueblo español, ensayada tantas veces con sobrada ligereza por los extranjeros y con poca preparación científica por los nacionales (á partir del Padre Flórez y de Masdeu), no puede formularse por mera impresión, más ó menos aguda, sino que requiere largos estudios, en parte todavía imposibles, merced á la obscuridad y desconocimiento de muchos puntos esenciales de nuestra historia interna. De la falta de esta preparación se resiente el *Idearium*, lo cual no quita para que contenga algunas observaciones bien fundadas y verdaderamente originales. En lo que tiene de repetición (ordenada y reforzada con nuevos argumentos) de ideas ajenas, nótese la influencia de Menéndez y Pelayo, y en particular de las doctrinas sustentadas por el insigne crítico en *La ciencia española*.

El *Idearium* es, á pesar de las indicadas reservas, un libro que debe leerse y que encierra mucha parte útil, sobre todo en la determinación de los defectos del carácter nacional, en la rectificación del error político de nuestra historia, y en el plan de regeneración ideal interna, que Ganivet, como tantos otros, tenía por la única fructífera para el porvenir de España.

Relacionado á la vez con el *Idearium* y con *Los trabajos de Pío Cid*, está el libro titulado *La conquista del reino de Maya*, tratado novelesco de colonización, que por un lado tiene carácter general, encerrando grandes atisbos y concepciones de psicología colectiva, y por otro es una defensa habilísima del fondo noble, humano, que, á pesar de todos los errores cometidos, tuvo nuestra manera antigua de colonizar, como ya reconocen los especialistas extranjeros en esta clase de estudios. La finísima ironía, la aplicación ingeniosa de situaciones imaginadas á hechos reales de nuestra vida actual, que se nota en *Los trabajos*, es más clara y se acusa mejor en *La conquista*, que en conjunto parece un grandioso símbolo.

De carácter todavía más amplio, menos reducido á las cuestiones nacionales, son las *Cartas finlandesas*, ensayo de crítica social agudísima, en que campean las mismas cualidades de independencia intelectual que hemos advertido en *Los trabajos*.

Pero Ganivet no era sólo un pensador: era también un artista, un poeta. No hay más que leer sus cuadros de la vida familiar y social en el pueblo Maya, civilizado por Pío Cid; los dos episodios amorosos de Martina y la duquesa de Almadura (en *Los trabajos*), sobre todo este último, lleno de una encantadora é indefinible melancolía, á pesar del grave humorismo que en el fondo lleva; la ascensión al Picacho de Veleta, en que Pío evoca los profundos recuerdos de su vida africana, que para siempre llenó su espíritu de emociones inefables, lazos de alegría triste, cuyo misterio, impenetrable para los demás, crea alrededor del héroe un como limbo de luz, acusador de sombríos horizontes; y los mismos versos, tan sueltos y sin ley en la forma, á veces, pero impregnados de un sentimiento que concluye por arrastrar al lector á estados emocionales que sólo los buenos poetas producen.

Y con harto pesar mío tengo que prescindir aquí de citas referentes á *Granada la bella*, único libro de Ganivet que, por haberse impreso en edición privada, no ha llegado á mis manos.

De desear es que los testamentarios ó parientes del infortunado autor publiquen el final de *Los trabajos de Pío Cid*, *La tragedia*, y

cualquier otro manuscrito que de él haya quedado. Por su parte, el periódico barcelonés *La Vanguardia*, se dispone á honrar la memoria de Ganivet imprimiendo en volumen varios artículos inéditos que tenía en cartera, y que en las hojas fugaces del diario se perderían de seguro, como tanto fruto de admirables talentos que en lo que va de siglo ha devorado la cruel y atractiva Prensa.

RAFAEL ALTAMIRA.

HUEL GAS ESCOLARES

Los alumnos de la Universidad de Madrid se han tomado el día 28 de Noviembre las vacaciones de Navidad, que debían empezar el 23 de Diciembre. Los de Barcelona (unos cuantos, por lo menos), no contentos con declararse en huelga, apedrearón la Universidad, rompieron faroles, destrozaron bancos é hirieron á un bedel. Los de Valladolid, Granada, Sevilla, Valencia, etc., se hallan tranquilamente en sus respectivas casas desde los primeros días de Diciembre y ya no reanudarán la ingrata labor estudiantil hasta bien entrado el mes de Enero.

No cabe, pues, dudar, que nos hallamos en camino de regeneración. Cuando la juventud estudiosa se conduce así, y los profesores, más estudiosos que la juventud, se la toleran, cabe abrigar fundadas esperanzas respecto del porvenir del país. Ante tales ejemplos, ¿cómo no han de dedicarse con afán al trabajo aquellas clases sociales que no disfrutaban de vacaciones, grandes ni chicas, ni en su vida han podido darse el gustazo de apedrear impunemente un edificio, ni de apalear á un miserable bedel?

Y, sobre todo, ¿cómo no han de sentirse entusiasmados, llenos de reconocimiento á la patria, satisfechísimos de haber luchado y de morir por ella, esos otros jóvenes que, mientras los estudiantes promueven algaradas para desertar de un trabajo, al cual no les obliga nadie, van desembarcando silenciosos como fantasmas en nuestros puertos, dejando en las colonias los cadáveres de infinitos compañeros, sacrificados como ellos en aras de la torpeza y el egoísmo de las clases directoras? ¿Cómo no ha de palparle; de gozo el corazón, á ellos, pobres víctimas del paludismo y del hambre, que retornan á la tierra natal, más muertos que vivos, cayéndose á pedazos por defender el honor de la bandera, la mentida gloria de

España y los intereses de los señoritos, cuyos hijos, mediante el pago de 1.500 pesetas se libran del servicio de las armas, reservándose para éstos otras altas empresas como la de anticipar las vacaciones.

¡Ah! Mientras los pobres soldados se alistaban en los regimientos, sin faltar casi ninguno, aunque sabían lo que les esperaba, y se dejaban conducir á las colonias en barcos mal acondicionados, y perecían allí de miseria y de fiebre, luchaban y luchaban durante años enteros, para volver luego á la patria en situación tal, que ni sus propios padres conocen á muchos de ellos, los estudiantes servían también á la patria. ¿Cómo no habían de penetrarse de sus deberes ante la conducta de las gentes sin instrucción, las que han de dirigir un día la vida del país? Estudiaban lo menos posible, es cierto, porque al fin y al cabo eso cuesta trabajo; pero pasearon por las calles los pendones con cualquier pretexto, celebraron ruidosamente la muerte de Maceo y otros sucesos prósperos por el estilo, contribuyeron con sus gritos á la obra patriótica de declarar la guerra á los Estados Unidos, esa nación de de cerdos que, reducida á jamón en dulce, habríamos de merendarnos cualquier tarde, y una vez declarada, aprovecharon también la ocasión para obligar al Gobierno á cerrar el curso antes de tiempo... Ahora, después de los resultados obtenidos, ante el bochorno de la Conferencia de París, destrozada y hundida la pobre España, continúan *anticipando* las vacaciones, como si aquí no hubiera pasado nada, y desertando de las aulas á donde voluntariamente se obligaron á concurrir...

Razón tienen, sin duda, los que llaman á esto calaveradas de la juventud; bien hacen los profesores que toman la cosa con filosofía y los padres cariñosos que se felicitan de tener consigo á sus hijos unos cuantos días más. Sólo que hay calaveradas y calaveradas: la juventud pobre que trabaja en el campo, en las minas y en los talleres, si abandona su tarea se queda sin comer; la juventud que sirve en el ejército, si deserta, es castigada con gravísimas penas: esta otra juventud florida, que es el encanto de nuestras ciudades y la esperanza de la patria, abandona el trabajo, deserta de las clases y todos lo encuentran natural...

¿Qué digo natural? A veces los encargados de evitar semejantes vergüenzas, son los primeros en proclamarla plausible.

A. SELA.

Pedagogía y medicina.

ARMONÍAS ENTRE LA EDUCACIÓN Y LA SALUD

(Conclusión.)

Ahora bien; á pesar de lo expuesto hasta aquí, es lo cierto que ese íntimo lazo que une y debe unir á ambas profesiones, no lo ve así la generalidad de las gentes, como no ve tampoco el fondo de unidad que existe en los dos conceptos de *salud* y *educación*. Este fenómeno creo tiene explicación sencilla con los siguientes hechos:

La concepción científica de la *educación* se ha difundido bastante. Generalmente se entiende por ella, no ya la mera instrucción, sino ese armónico desenvolvimiento de energías de que hemos hablado. Todo el mundo comprende que la gestión del educador no ha de ser sólo nutrir la inteligencia y encauzar la voluntad para inclinarles á la verdad y al bien, sino que al propio tiempo ha de ocuparse de la energía física, de las fuerzas orgánicas, siendo la función total del pedagogo hacer á su educando *fuerte, instruido y honrado*.

Decididamente, va abriéndose paso en la conciencia pública el criterio sano y científico sobre la *educación*, más no ocurre lo mismo con el concepto de la *salud*. Hay, sobre ésta, tales deficiencias en la opinión, que ellas originan multitud de prejuicios que importa destruir.

En efecto; la salud, en su amplia acepción científica, no es la energía y vigor físico, como de ordinario se entiende, sino el equilibrio y ponderación de todas las fuerzas, de todas las funciones, así vegetativas como psíquicas que integran la vida toda.

La salud implica el funcionamiento regular é hígido de todo fenómeno que en el hombre se realiza: nutritivo, intelectual y moral. La alteración de cualquiera de éstos, constituye una perturbación de la salud.

Dichos tres órdenes de fenómenos corresponden á la división clásica de las facultades humanas, aceptada igualmente por pedagogos y médicos, *sensibilidad, inteligencia y voluntad*.

La primera es síntesis de los actos y movimientos meramente orgánicos, nutritivos, lo que ha dado en llamarse fuerzas físicas, vida vegetativa. Ahora bien; la alteración de estas fuerzas es lo que de ordinario se entiende por enfermedad; porque, como queda dicho, sólo se estima por salud (muy equivocadamente) la energía y equilibrio de dichas fuerzas físi-

cas. Este es el primer error que existe sobre el concepto general de la salud.

Viene después la segunda de las facultades humanas, donde se clasifican todos los actos intelectivos, y cuya alteración y desorden determina las locuras. En este orden de fenómenos se acentúan más todavía los errores y preocupaciones. En efecto, la locura, esta desviación de la *salud intelectual* ya no es considerada por todo el mundo como una *enfermedad*. Ya hay muchas gentes que miran el delirio del demente como algo misterioso, extraordinario, sobrenatural, que escapa á las leyes físicas.

Y tales preocupaciones son simplemente reminiscencias que quedan de otras edades en las que trataban al loco, según las creencias dominantes, ya como un inspirado de los dioses, ya un ser impuro, un poseído del demonio, etc. etc., todo menos un enfermo digno de compasión y piedad.

Por fortuna, va cambiando ese estado de cosas, y á pesar de los estragos de la herencia que ha transmitido hasta nuestros días vestigios de tantos errores, la verdad se abre paso entre las muchedumbres, las cuales ya no maltratan al loco como un ser maldito; ya ven en él lo que es, un desgraciado que ha perdido la salud, un enfermo á quien se debe atender y cuidar. Esto constituye un gran progreso. La opinión general entiende ya por *salud* el equilibrio, no sólo de las energías físicas, sino también de las *intelectuales*.

Mas queda aún por incluir en la concepción popular de la *salud* un tercer grupo, las energías *morales*, los fenómenos de la voluntad, los que en síntesis forman la tercera de las facultades humanas ya indicadas.

Ahora bien, esos fenómenos de la voluntad, estos que llamamos actos volitivos, son sin duda los actos más complejos del hombre, pues toda nuestra actividad consciente la forman ellos, y ellos resumen por tanto toda nuestra vida moral. Las determinaciones de la voluntad, exteriorizadas en actos, constituyen la moral efectiva y práctica. Poco importa lo que pensamos si no se traduce en hechos. Lo que tiene positiva importancia en las relaciones éticas de los hombres, es lo que *hacemos*, no lo que *pensamos*. En dichas relaciones resulta labor inútil *pensar sin hacer*. Virtud que no descende del pensamiento al acto como si no existiera.

Es, por tanto, de interés supremo cultivar la voluntad, nutrirla de motivos para obrar rectamente, darle vigor, y prevenir sus alteraciones y desórdenes.

Mas he aquí el escollo; el conocimiento de los actos volitivos y sus aberraciones, no han penetrado todavía, ni mucho ni poco, en la

conciencia pública. Se halla hoy la opinión común con respecto á este punto como se hallaba en la edad media con respecto al loco. Eran entonces condenados como réprobos, como seres inmundos y malditos los enfermos de la inteligencia. Hoy la maldición cae sobre los enfermos de la *voluntad*, los delincuentes. Para aquellos se disiparon ya los antiguos errores, y al *castigo* del loco ha sustituido el *tratamiento* del loco.

Este mismo cambio se inicia y ha de operarse sin duda alguna con respecto al delincuente, y desde las alturas de la ciencia donde tales ideas se van condensando, descenderán como lluvia benéfica á las costumbres y encarnarán en los hechos.

Hoy por hoy es casi una herejía decir á las gentes que las perversiones y anomalías del carácter, los impulsos homicidas y suicidas, las aberraciones sexuales, en una palabra, cuanto perturba la actividad moral del hombre, es sencillamente una alteración de su salud.

Tales afirmaciones provocan *todavía* enérgicas protestas, y sin embargo, la experiencia y la ciencia de consuno las corroboran con hechos. Nada más concretamente definido hoy que las enfermedades del carácter y de la voluntad; la influencia decisiva que ejercen en nuestras determinaciones voluntarias, el estado fisiológico y el medio social en que vivimos.

Por otro lado, nada más elocuente que el poderoso movimiento correccionalista que predomina en todos los Congresos penitenciarios de cincuenta años á esta parte, y al cual se deben las mejores reformas carcelarias en el sentido, no ya de *castigar*, sino de *corregir* y *curar* al reo.

A ese mismo movimiento actual se debe en los países avanzados la fundación de sociedades que se consagren al perfeccionamiento en sentido correccional de los actuales procedimientos penales, al patronato de presos cuyo fin esencial es proteger al reo mientras cumple la pena, y después de cumplirla, para enmendarle é impedir la comisión de futuros delitos. Tal sucede, por ejemplo, con la *Société générale des prisons*, de París; la *Howard Association*, de Londres; el reformatorio de Elmira; las escuelas correccionales de Bélgica; los procedimientos médico-pedagógicos adoptados en el Congreso de Amberes con los niños delincuentes, etc., etc.

Cuando todas estas ideas lleguen á nosotros y entren de plano en la conciencia popular, y en ella tome estado la sana doctrina de que no hay acto humano absolutamente individual, que todos los actos así los buenos como los malos son resultado de una complejísima labor colectiva; que en toda infracción moral hay factores fisiológicos y sociales que impul-

san el acto volitivo. Cuando esto suceda, sólo entonces divulgadas ya las actuales afirmaciones de la ciencia, será una verdad de sentido común que los desarreglos de la *voluntad* como los de la *inteligencia*, son igualmente perturbaciones de la *salud*, que el *delirio en los actos* es infracción de las mismas leyes biológicas que el *delirio en las ideas*.

Desde esa hora, las ciencias médica y pedagógica se darán el abrazo definitivo; la moral y la higiene marcharán perfectamente unidas; la cultura integral del hombre, resumiendo los actuales conceptos de *salud y educación* será la obra común de médicos y maestros,

DR. CERVERA BARAT.

De chicos para grandes.

DISTRIBUCIÓN RACIONAL

—Buenas tardes, amigo D. Nicasio. Véole cumpliendo los deberes de padre para con sus herederos.

—Muy buenas, D. Rafael. Yo le veo á usted cumpliendo también con los suyos. Pero hay una diferencia, y no pequeña, amigo mío.

—¿Cuál?...

—Que usted, al parecer, va tranquilo, viendo gozar por estas alamedas á sus hijos, y gozando de esta hermosa tarde; y yo, que salí de casa con tales propósitos también, me vuelvo á ella con humor de perros...

—¿Qué le ha ocurrido?

—Estas criaturas, amigo D. Rafael, que son como ningunas. ¡Siempre que les compro algo sucede lo mismo! ¡No quiero escarmentar!... No debiera yo ser tan complaciente con ellas...

—¿Han roto ya los juguetes?... Veo que lleva usted dos bolsillos atestados.

—No, los juguetes van enteros. Se los he recogido y he tenido tentación de romperlos...

—Entonces, ¿qué le ha pasado?

—Pues, lo de siempre. Esas menudencias que tienen que ocupar á los padres, como usted sabe. A fin de que los niños vinieran todavía más contentos á estos paseos, les compré juguetes, á cada uno el que quiso; les repetí fuese cada cual satisfecho con lo suyo, sin desear ni disputar, como otras veces, lo de los demás, y al principio fueron tan alegres y entretenidos. Mas, al entrar en las alamedas, la Mariquita se disgustó porque Pepín no quería cambiar su carrito por la muñeca de aquella; al poco tiempo, Pepín quería la pelota de Julián, y éste reñía con Conchita porque no le

enseñaba su roperito; los reprendí, se contuvieron. Y al rato, ¡que si quieress!, volvieron á las disputas, lloraron porque todos querían la pelota para correr con ella, me pusieron de mal humor, tuve que dar azotes, recogí los juguetes, y ordené la vuelta á casa. Ahí tiene usted la historia: una cuestión baladí, pero bastante para disgustar al padre que se desvive por educar bien y distraer convenientemente á sus hijos, obteniendo un resultado contraproducente.

—Enterado, amigo D. Nicasio. Pero, no es una cuestión baladí lo que usted me refiere; son varias cuestiones de mucha importancia, aunque la multitud ignorante y muchísimos que son cultos entiendan que tales asuntos son nimios y ocupación de espíritus cándidos ó de padres y pedagogos bonachones... Mire usted, los chicos de usted y los míos forman ya grupo; suspenda usted su retirada á casa; vamos á decirles jueguen con los aros, y paseemos y charlemos de esas cosas.

—Bien; volvamos á la otra alameda, don Rafael.

—Perfectamente. ¡Ea, niños, á correr hacia la fuente con los aros!... Con que, decía usted, D. Nicasio, que después de darles gusto con los juguetes, el resultado fué contraproducente?

—Sí, señor. Estas criaturas mías tienen un carácter especial; observo que todos los niños gozan con los regalos que se les hacen, y mis hijos se los disputan, riñen, lloran y no están nunca contentos con lo que tienen,

—La observación es incompleta é incierta. Todos los niños se disputan sus cosas y desean poseer los juguetes que no tengan. Y á cada padre le oirá usted lamentarse, creyendo que sus hijos son los únicos que no se conforman con sus objetos.

—En tal caso, es mal de muchos ó de todos. Pero, lo cierto es que se propone uno el bien para las criaturitas, y ellas lo convierten en acibar y hacen que uno gaste la paciencia y le salga el mal humor.

—De paciencia hay que hacer un grande acopio. Mas, se equivoca usted de medio á medio entendiendo que, con lo que ha ejecutado, ha cumplido bien y tiene derecho á quejarse del resultado: el culpable es usted, sus hijos son los que tienen derecho á la queja, y el resultado es natural, es consecuencia lógica de lo que usted hizo.

—¡Áve María Purísima! ¡D. Rafael, me deja usted con tanta boca abierta!... ¿Tengo yo la culpa de que se cansen pronto de los juguetes...?

—No, señor. Ni usted, ni nadie. El niño necesita mucha y atractiva variedad; por eso es inconstante, y parece que se cansa pronto de

una cosa, y busca ó quiere otra, por simple curiosidad ó por deseo de posesión... De lo que usted tiene la culpa es de otra cosa...

—Pues, no veo lo que usted quiere indicar... Se compra á cada uno lo que quiere; disputan luego... ¿Qué culpa tiene el padre?

—Para algo se es padre: el niño no se puede dirigir á sí mismo. En primer lugar, don Nicasio, usted sabe que «cada cosa á su tiempo», y, por tanto, todos los juguetes no sirven para todas las ocasiones. Es muy natural que, conocidos ya el roperito y la muñeca, todos desearan el carrito y la pelota, porque estos juguetes son propios del movimiento, al cual incitan el paseo, la temperatura y el objeto mismo que le ha guiado á usted para traer aquí á sus hijos... Reflexione usted y verá claro lo ridículo natural que es suponer á los niños seriecitos, formaditos en hileras, con muñequitos en las manos, pasando por estas alamedas. Tal cosa será para algunos muy elegantemente social, pero es un artificio muy dañoso. La muñeca y el roperito son juguetes de casa. Aquí deben venir los niños á correr, á saltar, á tirar la pelota, á rodar el aro, á arrojar piedras, á subirse por los montones de tierra, y no digo por los árboles también porque estos están cuidados, y dicha operación hay que proporcionársela en pleno campo...

—¡Ah, señor pedagogo, olvida usted que llevo niños y niñas, y que la diferencia de sexo impone la de educación y la de juguetes; que es de lo que ahora tratamos... Lo que usted dice sí es de necesidad para los varones, pero las hembras necesitan muñecas... Esto no lo tenía usted presente, amigo don Rafael; está usted cogido: no hay escapatoria.

—No prosiga usted, que está en completo error. Observe usted más y no tome retazos de observación por leyes que usted fabrica, según su modo y alcance. En la infancia no están marcadas tales diferencias más que por leves manifestaciones; cuando la niña quiere sus juguetes propios y el niño los suyos, de manera constante, es cuando la reflexión acompaña á la edad; pero hasta los ocho ó diez años, niños y niñas juegan lo mismo, ya en juegos de actividad, ya en los de quietud. Yo también traigo de los dos sexos. Mire usted cómo juegan juntos unos y otros... Recuerde usted cómo se aburrieron sus hijas de los juguetes pasivos y desearon la pelota... Aún más; en igualdad de años, la niña es más impulsiva y tiene más ingenio que el niño en los juegos... De modo, que la naturaleza misma contradice la argumentación de usted, que la creía tan decisiva...

—Pare usted, pare usted, que ha caído que hacer aquí, D. Rafael. Pongamos un ejemplo práctico. Al salir otro día de paseo con

mis hijos, como cada ocasión reclama juguetes oportunos, determino comprarles objetos que favorezcan el movimiento y el ejercicio corporales; y, como en esta edad no hay diferencias esenciales de juegos, compro á cada uno el que quiera de dichos objetos: más, según usted también, como todo niño quiere los juguetes de los demás y, por ley natural, pasa su deseo de uno á otro en continua variedad, es claro que el que tenga carrito querrá el saltador del otro, éste querrá el aro del de más allá, y todos disputarán y concluirán por reñir y pegarse...

—Así sucede generalmente. ¿Qué razón puede ver el niño que le impida desear y tender á apoderarse del juguete que tiene su hermanito y que él no tiene? Todos se sienten dueños del objeto y, como no puede pertenecer á todos al mismo tiempo, riñen, rompen el objeto, ó se lo lleva el que acuda más pronto, ó el que emplee más fuerza, ó el que tenga más ingenio.

—Usted mismo lo explica: esas luchas son naturales é irremediables; tanto más, cuanto peor sea el carácter de las criaturas. Luego, señor observador, ¿qué culpa tengo yo de que mis hijos riñan por el cambio de juguetes, y por qué no he de tener derecho á quejarme de resultados que no podemos evitar y que son contrarios á lo que nos proponemos?

—Vuelvo á repetirle, señor semiobservador, que para algo están los padres. Ese resultado puede usted evitarlo ó reducirlo á expresión muy pequeña.

—Sí; suprimiendo los juguetes se acabaron las disputas...

—Ese remedio es peor que la enfermedad.

—¿Cómo, pues, evitarlo? ¿Qué hace usted con los suyos?

—Fíjese usted en los cinco míos, don Nicasio. ¿Ve usted? Todos iguales: cada uno trae un aro.

—¿Pero?...

—Adivino que va usted á llegar al detalle. Otra vez será otro juguete: la variedad la darán los recursos propios: acostúmbrelos desde el primer momento á no sostener más deseos que los compatibles con los medios. Y cuando haya para un objeto deseado ó conveniente, se les compra uno á cada uno, todos iguales en forma, tamaño y color y á cada ejemplar se le marca la señal ó el nombre del que haya de poseerlo. Verá usted cómo no hay riñas, y cómo se conforma el que rompa más pronto su juguete y no disputa el del que dure más tiempo. Cuando ya entren en años reflexivos, los niños mostrarán las diferencias en sus juguetes, y cada uno tendrá los suyos, y no reñirá por los de los otros.

—¿Sabe usted que me hace pensar cuanto

usted me ha dicho?... Tengo que observar... No estoy en todo convencido.

Sí, don Nicasio, observe usted mucho... Pero, sobre todo, no olvide usted, cuando vaya á comprar objetos para sus hijos, darles otros tantos iguales... Después que lo haya usted experimentado, hablaremos más de este asunto.

Por la transcripción

ALEJANDRO GUICCHOT.

Exceso de practicismo.

Bajo el punto de vista de la vida práctica, la inferioridad de los latinos es evidente. Si las leyes biológicas darwinianas han de regir al mundo, y, por desgracia, parece que sí, los latinos están llamados á desaparecer más ciertamente que la forma poética.

El lado negro de la moderna civilización es un gusto desmedido por la posesión de las riquezas, lo mismo en los individuos que en las colectividades nacionales. Es el materialismo práctico en su más grosera manifestación. Una ardiente sed se apodera de los hombres hidrópicos, ambiciosos, para quienes el oro parece agua salada que les da más sed cuanto más beben, y no bastará para saciarla el inmenso caudal de un océano.

Mas ¿es esto vivir? ¿Este vértigo es la vida? La dominación y la riqueza, ¿dan al alma el sosiego que anhela? A veces, la grandeza externa cubre la miseria interna; bajo la dorada opulencia se esconde en muchos casos una extrema indigencia espiritual.

Hoy está de moda admirar á esas naciones potentes; sin embargo, no es todo admirable si se juzgan las cosas bajo un aspecto menos práctico. En la vida no todo es práctico, quizás nada menos práctico que la vida misma.

En la lucha por la existencia individual vencen los más fuertes; esto es poco menos que una perogrullada, es un hecho evidente que se realiza en todas las especies, y que puede entrar en la categoría de las leyes físicas lo mismo que en las biológicas; pero lo que no es tan evidente es que sea un bien la extensión de esta ruda ley á las sociedades humanas.

Un hombre que posea un delicado espíritu, una complexión moral de cierta elevación, que se haya desprendido de la atávica corteza de la selva, que sea menos «natural» y más humano, lleva mucho andado para ser despojado por otro menos escrupuloso, por otro que posea un sentimiento más vigoroso de su vida individual, de su propio yo; esto es, que sea

más egoísta, porque, en resumidas cuentas, la feroz lucha individual, lucha sorda, sangrienta, que se opera en el seno de nuestras sociedades pseudo-cristianas, no es más que la santificación del egoísmo, ley suprema que late en toda la ciencia social moderna, desde la economía política de los manchesterianos hasta la biología social de los darwinistas. La primera preconiza la concurrencia económica, y la segunda, la concurrencia vital, siendo la una el desdoblamiento de la otra; pues sabido es que el criterio económico de Malthus, el conflicto de las progresiones de población y subsistencias, sugirió á Darwin su famosa ley de la lucha por la existencia, ley que han llevado á la práctica con todo su rigor los pueblos anglo-sajones, dándoles su actual predominio en el mundo. Toda esta ciencia ha hablado no ha mucho por boca de Salisbury y de Chamberlain con toda la crudeza de su naturalismo brutal.

Esta férrea concepción de la lucha fatal, determinista, es igual para los individuos y para los pueblos; quien la adopta, vence; esto es indudable. Pero ¿es envidiable ese triunfo? ¿Debemos buscar el predominio de nuestra raza con su misma conducta? Algunos compatriotas nuestros creen que sí, y también muchos hombres de las otras naciones latinas. Nosotros hacemos nuestras reservas sobre este punto.

Un hombre bien saturado del sentido naturalista de la lucha por la vida, se endurece como el acero, va á su objeto sin vacilar, no le conmueven las sensiblerías, no se preocupa del daño que ocasiona á quien encuentra en su camino.

Por el contrario, un hombre que haya tomado en serio el *Sermón de la Montaña*, que lleve en su corazón la ley moral, el respeto á sus semejantes, que prefiera sacrificar su interés antes que causar sufrimientos al prójimo, que sea delicado, que anhele la paz y la solidaridad entre los hombres, éste está perdido, está desarmado, y será vencido en el primer choque que tenga con el otro menos aprensivo, más apto para la lucha animal en ese pugilato bárbaro donde sucumben las almas delicadas, los espíritus éticos, los que creen que la sociedad debe urbanizar á los hombres en lugar de fomentar sus instintivas impulsiones agresivas. La idealidad perece á manos del espíritu práctico. Y lo mismo en las luchas de pueblo á pueblo, vence el más práctico, el más despreocupado, el más darwiniano.

Nosotros, los latinos, no hemos bebido ese darwinismo, y por más esfuerzos que algunos hacen para asimilárselo, nada consiguen, por que nuestra complexión física y moral lo rechaza. El meridional no posee la rudeza que esa lucha reclama, porque se ha formado en

un medio apacible, bajo un cielo clemente, entre una naturaleza sosegada, armónica, muy diferente de la que crea el áspero temperamento anglo-sajón, cuya tosquedad desagradada á la delicadeza de nuestra naturaleza.

Los pueblos latinos no son prácticos, ni pueden serlo, y no consideramos esto como una desgracia. Nuestro Don Quijote, símbolo del espíritu latino, más bien que del hidalgo español, carece de todo sentido práctico y, sin embargo, es muy hermoso.

Francia hace una revolución para proclamar los derechos del «hombre»; la Revolución de Inglaterra proclama los derechos del «inglés». Los franceses no luchan por sí, sino para el mundo; nuestras Cortes de Cádiz sientan principios universales: todo muy poco práctico, pero todo muy ideal; labor estéril, tal vez, pero es la esterilidad del ideal; esterilidad bella como la de los jardines, ráfaga de corriente pura de aire, que refresca las aturdidadas cabezas de los prácticos.

¡Nuestros conquistadores imponen á los conquistados una fe ideal que creen buena; los prácticos les imponen un tratado de comercio; con nosotros va siempre Don Quijote llevando la bandera de sus bellos desvarios; los anglosajones mandan por delante un viajante de comercio.

No; no es oro todo lo que reluce en los imperios poderosos del presente; hay un fondo de grosería brutal en su fuerza y en su espíritu práctico. Lo práctico es materia; y la materia perece y se transforma sin cesar, mientras el vago ideal flota y rige á la materia. Sobre las ruinas de los imperios, se levanta lo que de ideal y de humano tuvieron. Veinte siglos ha que sucumbió Grecia, el más idealista de los pueblos, y el espíritu helénico vive encarnado en esta raza latina, que tiene un concepto de la vida muy distinto á la raza anglo-sajona, y por eso es como es. En nombre de ella, protestamos de la invasión del practicismo exagerado, antiestético, que hace de la vida una faena ó una lucha encarnizada para obtener los materiales bienes que ahogan en una ola de materia las manifestaciones desinteresadas del alma.

T. ORBE.

Opiniones del Sr. Labra acerca del tratado de París.

Ofrecimos á nuestros lectores ocuparnos de los asuntos de mayor trascendencia que ocurrieran en la semana, en los términos adecuados á la índole de esta REVISTA. Hemos venido cumpliendo con este com-

promiso como mejor hemos podido ó sabido, tratando un día de la cuestión de Fashoda, otro de los problemas que encierra la cuestión de Oriente, etcétera. Hoy aparece con singular relieve, como asunto de actualidad extraordinaria, el tratado firmado en París, consecuencia de la guerra hispano-americana, asunto de sumo empeño para tratado por la REVISTA. Teniendo esto en cuenta, hemos acudido al ilustre publicista D. Rafael María de Labra, tan competente en materias de derecho internacional y de política extranjera, el cual á más de sus notorios méritos científicos, reúne la singular cualidad de hallarse por sus opiniones políticas distanciado de los hombres que han cooperado á la política exterior seguida por España en estos últimos años. Con su benevolencia característica ha acogido nuestra protección, y si bien se negó á escribir un artículo acerca del asunto, por requerir esto meditación y espacio de que no podía disponer.

He aquí reproducido con toda fidelidad cuanto acerca del asunto le oímos:

Dejo á un lado el punto más atractivo y quizá de mayor interés para un público español: el de las relaciones del Tratado con la política interior y exterior de España. Abonan esta resolución análogos motivos á los que han determinado mi rigurosa reserva y mi completa abstención en la serie de interviews y declaraciones políticas del verano y el otoño últimos, á pesar de que mucho de cuanto he leído en los periódicos hubiera justificado mi protesta ó mi *rectificación*. Razones de delicadeza, de prudencia y de política fueron y aun son la causa de mi silencio, que durará hasta que terminen las Conferencias de París y la evacuación de las Antillas por las tropas españolas, y se reanuden las sesiones de Cortes, en cuyo seno tengo el deber de decir algo.

Me ocuparé, pues, tan sólo del aspecto total y de los resultados generales del Tratado, y para esto prescindiré, hasta donde pueda, de mi carácter y de mi interés de español. Por eso tampoco he de decir nada de nuestras antiguas Colonias de América y Asia, de donde España ha sido expulsada de modo verdaderamente increíble, y en circunstancias y condiciones punto menos que incomparables. Trataré, pues, la cuestión brevísimamente; y como un hombre de nuestro tiempo, preocupado tan sólo de la paz y progreso regular del mundo, así como del arraigo y desarrollo del derecho público universal.

Dentro y fuera de España se ha reconocido por todas las gentes atentas á esta clase de cuestiones, que la nota relevante del tratado de París es la violencia. La violencia es su antecedente, lo mismo que el medio en que se determina la base de sus resoluciones y el alcance de sus decretos.

En apoyo de esta tesis, baste recordar y comparar el texto de los Mensajes presidenciales de Cleveland y Mac Kinley de 8 de Diciembre de 1896, 6 de Diciembre de 1897 y 11 de Abril de 1898; la Resolución conjunta del Congreso de los Estados Unidos de América de 18 de Abril de 1898; la contestación dada por el Gobierno español en 31 de Marzo al Apunte del Ministro norte-americano en Madrid, comunicado en la propia fecha á todos los Gabinetes europeos; el Memorandum de aquel Gobierno de 18 de Abril, y el telegrama circular del mismo á los Gabinetes extranjeros, fecha 25 de Marzo; el texto del Protocolo de la paz firmado por los Gobiernos de Washington y de Madrid, mediante la intervención del Embajador francés en los Estados Unidos, en 12 de Agosto de 1898, y los artículos del flamante tratado de París, principalmente los relativos á las Islas Filipinas.

Sean las que fueren las opiniones que el Mundo contemporáneo tuviere respecto de la moderna política colonial española (y reconozco que esas opiniones no eran favorables á España) y por muchas que pudieran ser las simpatías que algunos tuvieran al papel de defensor de las libertades humanas y de la paz de América que se quiso atribuir el Gobierno norte-americano en su contienda con España, sería imposible desconocer: 1.º que los decretos autonomistas de 25 de Noviembre de 1897 crearon en Cuba un régimen de gobierno tal vez superior al de las Colonias británicas más adelantadas, por cuanto Inglaterra no ha reconocido á esas el derecho á intervenir en la dirección política nacional, ni respecto de ellas ha puesto límite á su soberanía ó sea lo que allí se llama el *derecho imperial*; 2.º, que en el curso de las negociaciones y los debates de España con los Estados Unidos, aquella por tres veces ofreció á éstos y dos veces á las Potencias europeas, someter á arbitraje todas sus diferencias internacionales; 3.º, que al anunciar el Presidente de los Estados Unidos la probabilidad de una intervención violenta en los negocios de Cuba (intervención determinada por un doble interés «de civilización y humanidad») afirma que «la necesidad de su acción ha de ser tan clara, que la asegure el apoyo y la aprobación del mundo civilizado»; 4.º, que para decretar el Congreso de Washington el empleo de la fuerza contra la soberanía de España en las Antillas, no sólo no se cuidó de recabar el voto de éstas y de solicitar la cooperación ó la nueva aprobación del resto de las naciones de Europa y América, sino que prescindió desdeñosamente de las gestiones que, tanto cerca de la Reina Regente de España como del Presidente de la República, hicieron, en los primeros días de Abril, la Santa

Sede y los Gobiernos de Francia, Inglaterra, Rusia, Italia, Austria y Alemania, y á las cuales accedió por su parte el Gobierno español; y 5.º, que en el Protocolo de la paz se dejaba á salvo la soberanía de España en Filipinas, y se afirmaba, simplemente (y á reserva de las resoluciones de detalle y aplicación de una conferencia diplomática, dentro de los usos y prácticas corrientes en el Derecho internacional), la renuncia de la soberanía española en Cuba y la cesión de Puerto Rico á los Estados Unidos, á pesar de lo cual estos han impuesto en París la cesión de las islas Filipinas y de Joló, excusándose, contra todo lo conocido en la materia, de reconocer y pagar las deudas garantizadas por las rentas de las Filipinas y las Antillas.

La gravedad de estas últimas imposiciones acrece, si se considera, en primer término, que España ha ido sola, vencida y desarmada, á las Conferencias de París: que en éstas, los representantes norteamericanos (según de público se dice), se han negado á toda discusión, y mucho más á ceder un ápice de los decretos ó presunciones de su Gobierno, y que la resistencia del Gobierno y de los representantes de España ha encontrado siempre y á toda hora la amenaza de la continuación de las hostilidades por parte de los Estados Unidos, precisamente cuando España, cumpliendo rigurosamente el Protocolo, había ya repatriado á sus soldados de Puerto Rico y traído á la Península buena parte de los de Cuba, permitiendo que en esta isla acampasen libremente, y se extendiesen las fuerzas de los cubanos insurrectos, auxiliares decisivos de la fácil é inverosímil campaña norteamericana.

Relacionando todos estos hechos con los principios más admitidos del Derecho internacional contemporáneo, lo primero que ocurre es discutir si éste consiente la intervención del extranjero en las cuestiones interiores de una nación por los motivos y los fines proclamados ahora por los Estados Unidos al intervenir en Cuba apoyando á los insurrectos y al provocar en Filipinas la insurrección de los tagalos. Luego hay que averiguar si, caso de ser justos todos los motivos aludidos, la intervención puede hacerse del modo y manera con que la han realizado los norteamericanos. En tercer término, aparece la cuestión de la conducta actual de éstos en todas y cada una de las antiguas colonias españolas.

Sobre el primer punto hay que observar que, si bien en la época novísima parece admitido el llamado Derecho de intervención por motivos de humanidad, de orden público y aun de tranquilidad y orden de los pueblos convecinos, de ninguna suerte se reconoce á ninguna nación en particular el exclusivo derecho de erigirse en definidora y árbitra de aquellos mo-

tivos. Por esto, la acción que éstos hayan de determinar ha de ser colectiva, internacional. Sólo así se está resolviendo la cuestión de Oriente. Así fueron resueltas las de China y el Paraguay y aun la misma del equilibrio europeo solucionada por los tratados de Viena de 1815. Los Estados Unidos, antes de ser sorprendidos por la inesperada flaqueza de España, lo debieron de entender del propio modo, como lo demuestran las frases antes citadas del Mensaje de Mac-Kinley de 6 de Diciembre de 1897. De idéntico modo pensó aquel Gobierno desde 1870 á 1874, cuando consultó con Europa el modo de forzar al español á terminar la primer guerra de Cuba, y cuando se opuso á la gestión que en este sentido quisieron hacer las Repúblicas sudamericanas.

Timbre del progreso jurídico de nuestro siglo es el avance considerable, que así en las esferas de la propaganda científica y política como en la de los hechos positivos y los acuerdos de los Gobiernos, ha realizado la idea del arbitraje, caracterizándose entre sus más ardorosos apóstoles los publicistas americanos. La consagró por modo extraordinario la Conferencia de Berlín sobre el Congo en 1885, á la cual se adhirió el Gobierno norteamericano, y éste la recomendó, con plausible éxito y como un interés capital, al Congreso panamericano, que celebró sus sesiones en Washington en 1889 y 90. Después y hasta 1896, los Gobiernos de las Repúblicas de Sud-América le han dado un realce muy vivo por los tratados de Montevideo, Méjico, Salvador, Río Janeiro, Bogotá y otros.

Desgraciadamente, la resistencia del Senado de los Estados Unidos al proyecto de arbitraje anglo-americano formulado en 1895 á poco de terminado el conflicto de los Gobiernos de Londres y Washington con motivo de la cuestión de Venezuela, hizo temer que se detuviera el progreso constante dentro de los últimos quince años de la aspiración pacífica y civilizadora á que respondía con gran brillantez el famoso arbitraje de Ginebra que en 1872 terminó la cuestión del Alabama, entre Inglaterra y los Estados Unidos.

Pero la actitud de éstos ahora, ya con motivo de la cuestión del *Maine*, ya ante la propuesta explícita é insistente de España en Marzo y Abril de 1898, ya en el curso de las recientes negociaciones de París, permiten afirmar que el retroceso se ha acentuado, y que en este sentido el Gobierno norteamericano es quien hoy lleva la más acentuada representación.

En tercer lugar, es de todo punto preciso fijar la mirada en la absoluta desconsideración que el Gobierno de Norte América ha tenido en su actual conflicto con España, para la vo-

luntad de los pueblos en cuyo obsequio declaraba aquel Gobierno que tomaba las armas, ó sobre los cuales se ha impuesto después, por medio de la fuerza, ó aprovechado circunstancias excepcionalmente favorables á sus propósitos.

El plebiscito viene siendo desde 1870 á esta parte una de las bases del derecho público universal. Del plebiscito se ha prescindido por completo durante la invasión, *en el protocolo* y en el tratado de París. Los Estados Unidos adquieren á Puerto-Rico y á Filipinas, por *derecho de conquista*: es decir, contra el texto explícito de la principal propuesta que hizo Mr. Blaine en nombre del Gobierno Americano, en Agosto de 1890, al Congreso panamericano y que este incluyó en el pequeño grupo de sus resoluciones.

Respecto de Cuba, el Gobierno de Washington se apoya hasta ahora exclusivamente en uno de los partidos insulares (en los insurrectos en armas) y excusa toda declaración concreta respecto del régimen interino y de la solución definitiva que se ha de aplicar á la grande Antilla luego de evacuada ésta totalmente por las autoridades españolas.

Si se reproducen allí las declaraciones y los bandos de los Generales Miles y Brooke, en Puerto Rico (bandos completamente opuestos por el momento á toda idea autonómica y todo procedimiento regular y muy propicios á la idea de excluir en lo porvenir á la Antilla menor del goce de los derechos de *territorio*, y mucho más de las prerrogativas de un Estado de la Unión), podrá temerse con cierto fundamento que en las Antillas se crease un régimen algo semejante al que se impuso en Polonia á fines del siglo pasado, después del primero y el segundo reparto.

De todos modos, lo que resulta plenamente probado, es que el Tratado hispano-americano de París implica una nueva desviación de la política Monroe (ya bastardeada en un sentido nada compatible con la dirección general contemporánea del Derecho Internacional, á partir de la época del Presidente Polk en 1845), y una oposición abierta á las tradiciones, la representación política, los prestigios y el porvenir racional de la República fundada por Whashington, enaltecida por Monroe y redimida por Lincoln.

Así se explica la censura, punto menos que universal, que ha recaído sobre el novísimo tratado de París de 10 de Diciembre de 1898 (impuesto por el americano vencedor á España vencida, aislada y sin recurso de ningún género), de todo en todo contrario al que en la misma ciudad, y mediante el activo concurso de todas las Potencias directoras del Mundo político contemporáneo y con la re-

presentación de todas las razas y las religiones, se concertó en 30 de Marzo de 1856, y que con justicia es considerado como una de las obras mas felices y trascendentales de la expansión internacional, á despecho de latitudes, razas, religiones y sistemas de gobierno.

Tal motivo bastaría para que en la República Norte Americana se hubiera producido (como ha pasado) y tomara cuerpo, como en estos mismos días lo toma, la protesta de muchos políticos, juristas, publicistas y hombres seriamente interesados en el esplendor y la solidez de la República democrática, que no puede ser la representación de la fuerza y la violencia, y cuyo orgulloso avance, rompiendo con las recomendaciones de Washington, Jefferson y Adams y contrariando la propaganda de Lincoln (enérgico adversario del atropello de Méjico en 1847), se inicia, por medio de algo que podría calificarse de *paricidio*, en el orden de la vida internacional; porque no es dable prescindir de que España descubrió y civilizó á America y que la intervención más eficaz para el reconocimiento de la independencia de la República de los Estados Unidos, á fines del siglo último, fué la intervención española. Locura pensar que esto no se paga.

Al lado de estas consideraciones hay que poner la de los peligros y desastres que á los Estados Unidos trajeron la sanción de la esclavitud en 1789 y 1815, la anexión de Texas y de la Florida, la conquista de Nueva Méjico y California, y aun la misma guerra de separación que volvió á poner sobre el tapete el problema del militarismo, como en las épocas de las victorias de los Generales Jackson y Scott.

Contra las tendencias imperialistas de unos pocos y la flaqueza dictatorial de los amigos del General Grant, fué de una eficacia abrumadora el carácter redentor y humanitario de la campaña realizada por los Estados americanos del Norte desde 1860 á 1865. Ahora, la campaña que ha terminado con la ruina de España (¡la única simpatizadora de los Estados Unidos del Norte en 1863!), y la conquista de las Antillas españolas y de Filipinas, ofrece un carácter, totalmente opuesto, á la obra dirigida por Lincoln. Nunca como ahora puede recordarse que en la política como en la Naturaleza, *lo semejante llama á lo semejante*.

Y después hay que estimar la trascendencia del tratado, así en orden jurídico internacional, como en la situación respectiva de las Potencias europeas, y las relaciones y el porvenir de las Repúblicas del Sur de América. Sobre todos esos problemas, lo sancionado ahora en París ha de tener una excepcional y por lo pronto, poco satisfactoria influencia: tanto

por el retroceso doctrinal que implica el tratado, cuanto porque siendo ya notorio que la actitud violenta de los Estados Unidos ha sido posible tan sólo por la cooperación, más ó menos directa, de la Gran Bretaña, es muy de temer que en plazo próximo se establezca en el campo de la política universal una contienda de raza. Por esto ya no falta quien afirme que, por efecto de la campaña actual, iniciada bajo la inspiración de la antigua y bastardeada fórmula de *América para los americanos*, se ha puesto á la orden del día la de *el mundo para Norte América é Inglaterra*.

Terminaré declarando que lo sucedido no me ha extrañado, pero sí excedido á mis temores. Y que entre éstos se cuenta el de que todavía, si nuestros directores y la opinión pública no se fijan bien en lo que pasa fuera de nuestro país, y no se precinde respecto de este punto tanto de los lamentos y las protestas como de las declamaciones y los desplantes, para entrar resueltamente en el terreno de las soluciones positivas, y con éstas, todavía nuestra España puede padecer mayores desastres, por efecto próximo de lo que en el mundo internacional se prepara en estos momentos.

Con motivo del crimen.

La muerte criminal del anciano presbítero D. Miguel Meliá, no oculta, según parece hasta ahora, más que un solo misterio: el nombre y la persona del autor. Es, por todo lo demás, un crimen vulgar y bajo; para deshacer cuya trama no es preciso el maravilloso ingenio de los novelescos agentes policíacos de Gaboriau ó de los hombres reales que prestan servicio en la *Pinkerton Agence* de Chicago, la famosa oficina de policía *particular* cuyos éxitos harían palidecer á los Lecoq y Tabaret que creó aquel novelista.

El desdichado sacerdote no ha encontrado la muerte violenta por contarse—según indica Kasabal en una de sus Crónicas—en la clase de «los que viven solos»; antes bien murió—como induce á sospecharlo lo que se sabe de su vida—por ser de «los que viven mal acompañados», víctima, pues, de esa «disciplina de las consecuencias», que es la sanción más cierta de todas las conductas.

Con todo, el crimen de la calle de Trafalgar, tan vulgar y bajo, bien vale unas cuantas líneas más, impresas, para protestar—como sienta y pueda cada uno—de tantas otras, de «gran circulación», que van realizando esa vasta propaganda que se llama *la sugestión del vicio y el delito*, en amplia escala, llena de privilegios y segura de la impunidad.

Hoy saben todos que, positivamente, el crimen se trasmite, no menos que por herencia, por sugestión y contagio; que no en balde se cultivan insanas curiosidades de desequilibrados y predispuestos. Salillas, Escuder, Pulido, han vulgarizado mediante la prensa lo que de estos contagios y sugestiones ha puesto la ciencia en claro, desde Morel hasta Aubry.

¿Y qué?... Las cosas siguen lo mismo. El horripilante drama judicial se sigue dando á diario en el folletín, que cuidan las empresas como la más fértil de sus secciones; y apenas la realidad las favorece con un drama vivido, pónese en movimiento la legión de noticieros para el día siguiente ofrecer á la voracidad del gran monstruo, del Moloch social, pedazos de actualidad sangrienta ó lasciva, roja ó verde, en la misma bandeja de arte folletinesco en que no faltan nunca, por otra parte, detalles churruiguerescos, ingenuidades y ocurrencias, excesos de información que harían mejor papel entre «Casos y cosas» y misceláneas de este estilo.

¡La prensa de «fin de siglo!»—Mientras los periódicos viejos cultivan, con especialidades marcadas—¡oh, gratos recuerdos y tiempos de la calle de Fuencarral!—el género criminológico, los nuevos, el más nuevo, el recién nacido tendrá—según han dicho—para el público femenino... ¿Qué?... preguntan con ansiedad muchas veces... «Modas» y «cultos»—«espectáculos religiosos», no «religión» que es flor harta rara y delicada para la gran circulación periódica—¡arregladas y condimentadas ambas cosas de manos de una misma persona!

Así, pues, «pan y toros» y algún crimen, para hombres; «modas» y «cultos» para señoras; y entre medias soluciones de regeneración, recetas de rejuvenecimiento, anuncios de perfumería como los que van en la cuarta plana.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

REVISTA DE LAS REVISTAS

Correspondant.—(10 Nov.)

Prangois Carry se ocupa del *Anarquismo en Italia*. Los anarquistas italianos son el brazo y el instrumento del anarquismo internacional. El autor atribuye este hecho á causas históricas: al carácter del pueblo italiano excelente en el manejo del cuchillo, á su tendencia natural para todas las sociedades secretas, á su tendencia á ver, como dice Sighele, «siempre en el delito político, un impulso al desarrollo del progreso humano». A estas causas, se podían añadir otras más próximas, y que son las verdaderas causas determinantes del anarquismo italiano: miseria, corrupción

política y parlamentaria, espectáculo desmoralizador de las injusticias sociales, y la grande ignorancia del pueblo. El autor no tiene buenas esperanzas en las gestiones de la Conferencia internacional de Roma contra el anarquismo.

Archives d'Anthropologie Criminelle.—(Lyón 15 de Noviembre de 1898.)

Señalamos en este número la magistral información sobre el proceso Vacher, el «cazador de pastoras y pastores»: Acta de acusación, antecedentes y declaraciones, informes de los Doctores Lacassagne (Director, con Tarde, de la publicación), Plerret y Rebatel sobre el estado mental del acusado y otros particulares médico-legales, su actitud en la prisión, examen de la oreja por el Dr. Lannois, examen radiográfico de la cabeza por el Dr. Destot, actitud en el juicio por el Dr. E. Martini; y, como ilustraciones, tres retratos del reo, fotografía de sus utensilios, ficha antropométrica, y cuatro planas de facsimiles de sus autógrafos.

En el número de 1.º Dic. de la misma *Revue de Paris*, Jean Jaurès, el grande orador socialista francés, publica un largo estudio sobre el *Socialismo y la libertad*. No es posible dar una idea en una breve nota de lo que es este artículo, en el cual, no se sabe qué admirar más, si el esplendor y la elegancia del estilo ó la fuerza de la dialéctica. Jaurès quiere demostrar que el *socialismo y la libertad* pueden existir juntos y marchar de acuerdo. Se trata, naturalmente, del socialismo colectivista ó comunista. El socialismo, dice Jaurès, es el triunfo del individualismo. El individuo es la constante atención del socialismo: todo debe mirar á ponerle en un verdadero estado de progreso y de felicidad.

»La educación universal, el sufragio universal, la propiedad universal, son el postulado del individualismo. El socialismo es el individualismo lógico y completo. El contiene, agrandándolo, el individualismo revolucionario». La familia y la patria, y la religión, no son incompatibles con el socialismo: el socialismo quiere que existan como morales, verdaderas autónomas instituciones, y que no estén en la dependencia de la propiedad como hoy.

Cesar Lombroso, en la *Nueva Antología* del 1.º Diciembre contesta á la pregunta que se hizo á sí mismo: ¿Por qué fué grande Venecia? La industria, el comercio, el trabajo en todas sus formas, el amor á la libertad hicieron la grandeza de aquella República italiana. Pero las conquistas fueron la causa de su decadencia, y particularmente las guerras que debió sostener en el continente mismo italiano.

Como á Venecia, puede que pase hoy á los Estados Unidos, dice el gran Lombroso: «Los Estados Unidos, con poco ejército, pero con un Gobierno recto, han vencido como en una partida de sport á un pueblo con grandes ejércitos y organismos militares, pero pésimamente gobernado. Esta es un alza de fondos para la causa de la libertad. Pero la victoria ganada con tanta facilidad podrían empujar la América del Norte

mucho mas allá de sus horizontes, y cambiar su espíritu industrial, el verdadero espíritu civil y moderno del país, fuente de tanta felicidad y de tanta riqueza, en un espíritu guerrero que siempre la historia demuestra ser causa de riqueza momentánea, solamente para cambiarla en pobreza y desdicha continua.

Revue de París (15 Dic.).

Victor Bérard, *Joseph Chamberlain*. El autor expone con riqueza de datos y en un estilo magnífico la carrera política de Chamberlain, el actual ministro de las Colonias de Inglaterra. «Su camino ha tenido tres grandes etapas: municipal, alcalde de Birmingham (1870-76); nacional, (1876-1887), imperialista; ha tenido siempre un mismo fin: la grandeza del pueblo adquirida por su grandeza personal... La primera etapa le ha merecido un medallón sobre una fuente de su ciudad, de su Birmingham; la segunda un busto; ahora trabaja por la estatua». Chamberlain es radical, debe sus ideas y sus aspiraciones políticas al radicalismo de Birmingham. *Paz, Ley, Orden, Libertad, Unidad, Prosperidad*, son los fines que desea alcanzar. Le acusaron de traidor por haber sido liberal con Gladstone y conservador con Salisbury, pero él ha dicho siempre que los partidos son un medio, una ocasión para realizar los grandes fines de la política. Fué siempre amigo de Irlanda, pero cuando Gladstone presentó su famoso *Home rule*, se separó de él, y desde entonces estuvo con los conservadores formando el partido Unionista. La política de Chamberlain ha sido siempre política utilitaria: ha querido contentar siempre y más que ha podido á sus amigos de Birmingham; así se explica la tendencia Imperialista de hoy, cuyo fin no está separado de los peligros que hoy corre la industria inglesa.

L. R.

El Dr. Simarro

En la última de nuestras Exposiciones nacionales de Bellas Artes, el ilustre pintor Sorolla exhibió un hermoso cuadro que, por proporcionar la gratísima impresión de hacer sentir, á la vez, Ciencia y Arte, recuerda la famosa *Lección de Anatomía*, de Rembrandt. El puesto del profesor Nicolás Tulp, le tiene en esta pintura española el Dr. D. Luis Simarro; el bisturí se transforma en microscopio, el hombre muerto en sustancia viva bajo la lente del instrumento; el grupo de cabezas inteligentes que asisten á la disección del cadáver, en otras tantas fisonomías conocidas que escuchan, sugestionadas, la relación que hace el maestro de un viaje que va haciendo su vista y su inteligencia por el mundo maravilloso de la célula.

Sirva este cuadro de motivo á unas cuantas palabras bajo el retrato del Dr. Simarro, ya que el pintor

nos le presenta en el aspecto más característico de su vida, porque el Doctor es, ante todo y sobre todo, un incomparable, inimitable maestro de laboratorio.

No es menos saliente su figura enseñando en clases públicas más ó menos concurridas. ¿Cómo no recordar sus lecciones de Psicología fisiológica en el Ateneo? El que no asistiera á ellas, puede ahora acudir á las que explica en el Museo Pedagógico sobre la evolución del alma del niño, en la seguridad de sacar de ellas sensaciones de ciencia de las más intensas é inmediatas que pueden obtenerse.

El Dr. Simarro no es del tipo de los sabios que escriben los resultados de sus estudios y registran



EL DR. SIMARRO.

sus propios descubrimientos. Sus libros son muy escasos; y aun cuando tenga realizadas investigaciones muy personales y con no pocas revelaciones—en materia de embriología del sistema nervioso, por ejemplo—no ha cuidado nunca de ponerlas el sello de su propiedad por derecho de primer ocupante, bastante discutible en la Ciencia. Así y todo, discípulos suyos ú otros maestros, sus compañeros—como el Dr. Ramón y Cajal—comunican al mundo sus resultados; y es un placer, cuya rareza está compensada por su intensidad, hallar en los caracteres góticos de los grandes libros alemanes, por ejemplo, el nombre de un español en la gloriosa legión de los constructores de la Ciencia.

C. B. DE Q.

SUMARIO DEL NÚMERO 5

TEXTO

Literatura y Arte: La pintura española contemporánea, por B. y M.—El final de una historia, por Luis Bello.

Educación: Crónicas femeninas, por María Goyri.—**Fedagogia y medicina:** Armonías entre la educación y la salud, por el Dr. Cervera y Barat.

Política: Crónica internacional, por A. Sela.—El obrero y las leyes... españolas, por A. Buylla.

Sociología: La «finalidad» del socialismo, por J. J. Morato.—Crónica social, por L. D. Canseco.

Variedades: Crónica científica, por L. de Hoyos Sáinz. - Doña Concepción Arenal, por X. X.—D. Francisco Coello, por C. S. f

Revista de Revistas, por la Revista.

Bibliografía.

Libros recibidos.

FOTOGRAFADOS

La niña perdida.—La varadura de la barca.—D. Marcos Jiménez de la Espada (retrato).—Doña Concepción Arenal (retrato).—D. F. Coello (retrato).—D. Angel Ganivet (retrato).

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

La REVISTA POPULAR aparece todos los viernes en cuadernos de 16 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España y Portugal.....	Número suelto..	20 cts.
	Un mes (sólo para Madrid).	1 pta.
	Trimestre.....	2,50 »
	Semestre.....	5 »
Países de la Unión postal..	Un año.....	10 »
	Semestre.....	8 fcos.
	Un año.....	15 »
	Número suelto.	30 cts.

TARIFA DE ANUNCIOS

	Una inserción.	4 inserciones.	13 inserciones.
	Plas.	Plas.	Plas.
Una página (22×15 cm.).....	50	150	450
$\frac{1}{2}$ »	30	90	270
$\frac{1}{3}$ »	20	60	180
$\frac{1}{4}$ »	15	45	135
$\frac{1}{6}$ »	12	36	108
$\frac{1}{8}$ »	9	27	81
$\frac{1}{12}$ »	7	21	63
$\frac{1}{16}$ »	5	15	45

Toda la correspondencia, giros, etc., deberá dirigirse al Sr. Administrador de la REVISTA POPULAR

Arco de Santa Maria, 41 triplicado, primero izquierda.

MADRID

SUMARIO DEL NÚMERO 6

TEXTO

Literatura y Arte: La pintura española contemporánea, por B. y M.—La bajada á la mina, por R. Sánchez Díaz.—Angel Ganivet, por Rafael Altamira.

Educación: Huelgas escolares, por A. Sela.—Pedagogía y Medicina (conclusión), por el doctor Cervera y Barat.—De chicos para grandes: *Distribución racional* (cuento), por Alejandro Guichot.

Sociología: Exceso de practicismo, por F. Orbe.

Política: Opiniones del Sr. Labra acerca del tratado de París, por la Revista.

Variedades: Con motivo del crimen, por C. Bernaldo de Quirós.

Revista de las Revistas, por L. R.

El Dr. Simarro, por C. B. de Q.

FOTOGRAFADOS

La silla de Felipe II, por Luis Alvarez. —D. Luis Simarro (retrato).

AVISO Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos á los señores que nos han honrado con su suscripción, se tomen la molestia de remitir el importe de la misma á la mayor brevedad, si desean continuar recibiendo la Revista.

Á los señores libreros, dueños de centros de suscripciones, vendedores, etc.

Los que deseen encargarse de la venta y suscripción de esta REVISTA en los puntos donde no tenemos corresponsal, pueden dirigirse á esta Administración, la cual enviará inmediatamente las condiciones para la representación.

Para evitar molestias y gastos de correo inútiles, advertimos:

1.º Que el pago de ejemplares debe hacerse por adelantado, salvo cuando se ofrezcan referencias de primer orden.

2.º Que el descuento ó comisión es de 25 por 100 para los pedidos semanales de menos de 25 ejemplares y de 30 por 100 para los envíos de 25 ejemplares semanales, en adelante.

3.º Que admitimos devolución, aun cuando con ciertas condiciones, que más al pormenor se explican en las condiciones impresas que se remiten á los corresponsales.

Y 4.º Que no se envían ejemplares de muestra ó gratis; los que deseen un ejemplar, deberán remitir el importe en sellos de correos de España, según los precios fijados en otro lugar de la REVISTA.

BENIGNO AYORA

ALMACEN DE PAPEL DE TODAS CLASES

Artículos de escritorio y encuadernación, libros rayados, cartones, cartulinas, resmillería y sobres.

Concepción Jerónima, 15 y 17, Madrid.

Corresponsal exclusivo en Barcelona: S. DURÁN Y BORI

LIBRERÍA Y ESTAMPERÍA ARTÍSTICA: FERNANDO VII, 33